

# Andares

Eduardo Galeano

## *Elogio del coraje (I)*

Sergio Vuskovic me cuenta los últimos días de José Tohá.

- *Se suicidó* - dijo el general Pinochet.

- *El gobierno no puede garantizar la inmortalidad de nadie* - escribió un periodista de la prensa oficial.

- *Estaba flaco por los nervios* - declaró el general Leigh.

Los generales chilenos lo odiaban. Tohá había sido ministro de Defensa del gobierno de Allende, y les conocía los secretos. Lo tenían en un campo de concentración, en la isla de Dawson, al sur del sur.

Los prisioneros estaban condenados a trabajos forzados. Bajo la lluvia, metidos en el barro o en la nieve, los prisioneros cargaban piedras, alzaban muros, colocaban tuberías, clavaban postes y tendían alambradas de púas.

Tohá, que medía 1,90, estaba pesando 50 kilos. En los interrogatorios, se desmayaba. Lo interrogaban atado a una silla, con los ojos vendados. Cuando despertaba, no tenía fuerza para hablar, pero susurraba:

- *Óigame, oficial.*

Susurraba:

- *No nos vencerán.*

Ya llevaba algún tiempo tumbado en la barraca, cuando un día se levantó. Fue el último día que se levantó. Hacía mucho frío, como siempre, pero había sol. Alguien le consiguió un café bien caliente y el negro Jorquera silbó, para él, un tango de Gardel, uno de aquellos viejos tangos que tanto le gustaban. Las piernas

le temblaban, y a cada paso se le doblaban las rodillas, pero Tohá bailó ese tango. Lo bailó con una escoba, iguales de flacos los dos, la escoba y él, él estrujando el palo de la escoba contra su cara de hidalgo caballero, muy cerraditos los ojos, muy sintiendo, hasta que en una vueltita quebrada cayó al suelo y ya no pudo levantarse. Nunca más lo vieron.

### ***Elogio del coraje (II)***

Gabriel Caro, colombiano que peleó en Nicaragua, me cuenta que a su lado cayó un suizo, destrozado por una ráfaga de ametralladora; y nadie sabía cómo se llamaba. Esto ocurrió en el Frente Sur, un par de noches al norte del río San Juan, pocantes de la derrota de la dictadura de Somoza. Nadie sabía el nombre, nadie sabía nada de aquel calladito miliciano rubio que se había ido tan lejos para morir por Nicaragua, por la revolución, por la luna. El suizo cayó gritando algo que nadie entendió, cayó gritando:

- ¡Viva Bakunin!

Y mientras escucho a Gabriel contándome la historia del suizo se me enciende la memoria. Hace años, en Montevideo, Carlos Bonavita me habló de un tío de él, o tío abuelo, que redactaba partes de batalla, en tiempos de las guerras gauchas en las praderas del Uruguay. Andaba ese tío o tío abuelo contando muertos a la orilla del río donde una batalla, no sé qué batalla había ocurrido. Por el color de las vinchas, reconocía los bandos. Y en eso, dio vuelta un cuerpo y se quedó paralizado. Era el cuerpo de un soldado que no tenía más de 20 años, y era bello y resplandeciente como un ángel. Al ponerlo cara al cielo el tío de Carlos vio sus grandes ojos tristes, que parecían vivos. El soldado tenía el pelo muy negro y muy rojo de sangre. La vincha, blanca, decía: *Por la patria y por ella*. La bala había entrado en la palabra *ella*.

### ***El realismo mágico***

- Dígame una cosa. Dígame si el marxismo prohíbe comer vidrio. Quiero saber.

Fue a mediados de 1970, en el oriente de Cuba. El hombre estaba ahí, plantado en la puerta, esperando. Me disculpé. Le dije que poco entendía yo de marxismo, algo nomás, alquito, y que mejor consultaba a un especialista en La Habana.

- *Ya me llevaron a La Habana - me dijo -. Allá me vieron 108 médicos. Y me vio el comandante. Fidel me preguntó: "Oye, ¿y lo tuyo no será ignorancia?"*.

Por comer vidrio, le habían quitado el carnet de la Juventud Comunista:

- *Aquí, en Baracoa, me hicieron el proceso.*

Trígimo Suárez era miliciano ejemplar, machetero de avanzada y obrero de vanguardia, de esos que trabajan veinte horas y cobran ocho, siempre el primero en acudir a voltear cana o tirar tiros, pero tenía pasión por el vidrio:

- *No es vicio - me explicó -. Es necesidad.*

Cuando Trígimo era movilizadado por cosecha o guerra, la madre le llenaba la mochila de comida: le ponía algunas botellas vacías, para el almuerzo y la cena, y para los postres, tubos de luz en desuso. También le ponía unas cuantas lámparas quemadas, para las meriendas.

Trígimo me llevó a la casa, en el reparto Camilo Cienfuegos, en Baracoa. Mientras charlábamos, yo bebía café y él comía lámparas. Después de acabar con el vidrio, chupaba, goloso, los filamentos.

- *El vidrio me llama. Yo amo al vidrio como amo a la revolución.*

Trígimo afirmaba que no había ninguna sombra en su pasado. El nunca había comido vidrio ajeno, salvo una vez, una sola vez, cuando estando muy loco de hambre le había devorado los lentes a un compañero de trabajo.

### ***Elogio de la iniciativa privada***

*Jesús te mira.* Vayas donde vayas, sus ojos te siguen. La tecnología moderna ayuda al hijo de Dios a cumplir sus funciones. Tres capas de plástico polarizado, que bloquean sucesivamente el paso de la luz, le facilitan la tarea.

Allá por 1961 ó 1962, una de estas imágenes de ojos corredizos llamó la atención de un periodista argentino. Tulio Jacovella iba caminando por una calle cualquiera de Buenos Aires, cuando se sintió observado. Desde una vidriera, Jesús le había elevado los ojos. Retrocedió y la mirada de Jesús retrocedió con él. Se detuvo y la mirada se detuvo. Avanzó y la mirada avanzó.

Esta señal divina le cambió la vida y lo sacó de pobre. Jacovella voló a Port-au-Prince, y por medio de la embajada de su país en Haití, consiguió una audiencia con el presidente vitalicio Papa Doe Duvalier.

Llevaba un gran cuadro bajo el brazo:

- *Tengo algo que mostrarle, Excelencia* - dijo. Era un retrato del dictador. Los ojos se movían.

- *Papa Doc te mira* dijo Jacovella. Papa Doe asintió con la cabeza.

- *No está mal* - dijo, yendo y viniendo ante su propia imagen -. ¿Cuántos puede hacer?

- *¿Cuánto puede pagar?*

- *Le pago lo que sea.*

Y así Haití se llenó de miradas vigilantes y el inquieto periodista se llenó de dinero.

### ***Elogio de la voz humana***

En algún lugar de la floresta amazónica, hay una lanza clavada junto al fuego. De la lanza, pende la cabeza de un guerrero. Los labios del guerrero han sido cosidos con una fibra que jamás se pudre.

Los indios shuar, los llamados jíbaros, cortan la cabeza del vencido, para que no resucite, y la reducen hasta que cabe en un puño. Pero el vencido no está del todo vencido hasta que le cierran la boca.

### ***Cuando hablan las manos***

Las manos estaban atadas, o esposadas por las muñecas; pero los dedos danzaban, volaban, dibujaban palabras. Los presos, encapuchados, inclinaban la cabeza para vichar por abajo. Aunque hablar estaba prohibido, ellos conversaban en silencio. Pinio Ungerfeld me enseñó el alfabeto de los dedos, que los presos aprendían sin profesor:

*- Algunos teníamos mala letra - me dijo -. Otros eran unos artistas de la caligrafía.*

La dictadura uruguaya quería que cada uno fuera nada más que uno, que cada uno fuera nadie: en cárceles y cuarteles, como en todo el país, la comunicación era delito.

Algunos presos pasaron más de diez años encerrados en solitarios calabozos del tamaño de un ataúd, sin escuchar más voces que el estrépito de las rejas o los pasos de las botas por los corredores.

Fernández Huidobro y Mauricio Rosencof, condenados a esa soledad total, se salvaron gracias a los nudillos de los dedos. Ellos se hablaban por golpecitos, a través de la pared, y así se contaban sueños y recuerdos, amores y desamores; discutían, se abrazaban, se peleaban; compartían certezas y bellezas y también compartían dudas y culpas y preguntas de éstas que no tienen respuesta.

Cuando es verdadera, cuando nace de la necesidad de decir, a la voz humana no hay quién la pare. Si le niegan la boca, ella habla por las manos, o por los ojos, o por los poros, o por donde sea. Porque todos, toditos, tenemos algo que decir a los demás, todos tenemos alguna cosa que es mejor que el silencio y merece ser por los demás celebrada o perdonada.

### ***La picaresca***

Ocurrió en Londres. Estaban unos exiliados latinoamericanos tiritando de frío, en pleno invierno, sin una sola moneda para poner a funcionar la calefacción de su apartamento. Tenían los ojos clavados en el radiador, sin parpadear. Parecían devotos ante el tótem, en actitud de adoración; pero eran unos pobres náufragos meditando la manera de joder al sistema británico de calefacción por monedas. Si ponían monedas de lata o cartón, el radiador funcionaría, pero el recaudador encontraría, luego, las pruebas de la infamia.

¿Qué hacer?, se preguntaban los exiliados. El frío los hacía temblar como malaria. Y en eso, uno de ellos lanzó un grito salvaje, que sacudió los cimientos del Imperio. Y así nació la moneda de hielo, inventada por un hombre helado.

De inmediato, pusieron manos a la obra. Hicieron moldes de cera, que reproducían las monedas británicas a la perfección; después llenaron de agua los moldes y los metieron en el congelador.

Las monedas de hielo no dejaban huellas, porque las evaporaba el calor.

Aquel apartamento de Londres se convirtió en una playa del mar Caribe.

### ***Elogio de la risa***

José Luis Castro, el carpintero del barrio, tiene muy buena mano. La madera se deja hacer porque sabe que él la quiere. El padre de José Luis había venido al río de La Plata desde una aldea de La Coruña. Recuerda el hijo que el padre contaba historias desopilantes.

Donde él estaba, recuerda el hijo, ocurría la risa. De todas partes acudían a reírse, cuando él contaba, y se agolpaba el gentío.

En los velorios había que parar el ataúd, para que cupieran todos - y así el muerto se ponía de pie para escuchar con el debido respeto aquellas cosas dichas con tanta gracia. Y de todo lo que José Luis aprendió de su padre, eso fue lo principal:

*- Lo importante es reírse - decía el viejo -. Y reírse juntos.*

### ***La burocracia***

En tiempos de la dictadura militar, a mediados de 1973, un preso político uruguayo, llamado Nouched, sufrió una sanción de cinco días: cinco días sin visitas ni recreo, cinco días sin nada, por violación del reglamento. Desde el punto de vista del capitán que le aplicó la sanción, el reglamento no dejaba lugar a dudas. El reglamento establecía claramente que los presos debían caminar en fila y con ambas manos en la espalda.

Nouched había sido castigado por poner una sola mano en la espalda.

Nouched era manco. Había caído preso en dos etapas. Primero había caído su brazo. Después, él. El brazo cayó en Montevideo. Nouched venía escapando a todo correr. El policía que lo perseguía alcanzó a pegarle un manotón, le gritó: «¡Dése preso!», y se quedó con el brazo en la mano. Nouched cayó bastante después, en Paysandú. Nunca pudo recuperar su brazo ortopédico. El brazo estaba en otro expediente. A él lo había procesado la justicia militar. Al brazo, la justicia civil.

***Vigencia del arte***

- *¿Quiénes son mis contemporáneos?* - se pregunta Juan Gelman.

Juan dice que a veces se cruza con hombres que huelen a miedo, en Buenos Aires, París o donde sea, y siente que esos hombres no son sus contemporáneos. Pero hay un chino que hace más de tres mil años escribió un poema, acerca de un pastor de cabras que está lejísimo de la mujer amada y sin embargo puede escuchar, en medio de la noche, en medio de la nieve, el rumor del peine en su pelo; y leyendo ese remoto poema, Juan comprueba que sí, que ellos sí: que ese poeta, ese pastor y esa mujer, son sus contemporáneos.

# ***Dicho sea de paso***

**Eduardo Galeano**

## ***La más antigua tradición de las Américas***

A veces el pasado se encuentra con el presente, pero no se reconocen y se cruzan sin saludarse. En realidad, pensándolo bien, hay un único lugar donde el ayer y el hoy se encuentran y se abrazan, y ese lugar es el mañana. Si las tradiciones no abren camino y ayudan a caminar, más vale dejarlas dormir en los museos.

La tradición de comunidad, el modo comunitario de producción y de vida, es la más antigua y la más futura tradición de las Américas: pertenece a los primeros tiempos y a las primeras gentes, pero también pertenece al siglo que viene y anuncia un nuevo Mundo. Porque nada hay menos foráneo que el socialismo en estas tierras nuestras. Foráneo es, en cambio, el capitalismo: como la viruela, como la gripe, vino de afuera.

## ***La buena educación***

Tiempo de los camaleones: nadie ha enseñado tanto a la humanidad como estos humildes animalitos.

Se considera culto a quien bien oculta, se rinde culto a la cultura del disfraz. Se habla el doble lenguaje de los artistas del disimulo. Doble lenguaje, doble contabilidad, doble moral: una moral para decir, otra moral para hacer. La moral para hacer, que no tiene un pito que ver con la otra, se llama realismo. Ley de la realidad, ley del poder: realista es quien obedece al poder y acepta sus crímenes. La amnesia demuestra buena educación en materia de realismo. En nombre del realismo, se aprobó en Uruguay una ley que manda olvidar las atrocidades de los verdugos de uniforme. En nombre del realismo, se legalizaron en Argentina las torturas y los asesinatos cometidos por orden superior.

Para que la realidad no sea irreal, nos dicen los que mandan, la moral ha de ser inmoral.

### ***El miedo***

El miedo seca la boca, moja las manos y mutila. El miedo de saber nos condena a la ignorancia; el miedo de hacer nos condena a la impotencia. La dictadura militar, miedo de escuchar, miedo de decir, nos convirtió en sordomudos. Ahora la democracia tiene miedo de recordar. Enfermos de amnesia repetimos la historia en lugar de cambiarla. El miedo, miedo de vivir, miedo de ser, miedo de perder, es el más jodido de los hijos numerosos de la muerte.

### ***Celebración de las bodas de la palabra y el acto***

Leo un artículo de un escritor de teatro, Arkadi Rajkin, publicado en una revista de Moscú. El poder burocrático, dice el autor, hace que jamás se encuentren los actos, las palabras y los pensamientos: Los actos quedan en el lugar de trabajo, las palabras en las reuniones y los pensamientos en la almohada. Buena parte de la fuerza del Che Guevara, pienso, esa misteriosa energía que va mucho más allá de su muerte y de sus errores, viene de un hecho muy simple: él fue un raro tipo que decía lo que pensaba y hacía lo que decía.

### ***Profesión de fe***

Sí, sí, yo sé que somos todos hijos del sombrío matrimonio de la mentira y el miedo, pero también sé que todos tenemos el derecho de buscar la dignidad y la belleza, y que tenemos la obligación moral de encontrarlas, y que encontrándolas encontramos contemporáneos en cualquier lugar del tiempo y compatriotas en cualquier lugar del mundo. Y sé que cada vez que eso ocurre, y mientras eso dura, uno tiene la suerte de sentir que uno es algo en la infinita soledad del universo: algo más que una ridícula mota de polvo, algo más que un fugaz momentito.